

Orar es crecer en amistad

Cuando acepté la invitación de José Luís a participar en este encuentro me lo planteé como un testimonio sencillo de mi relación con Dios. Es decir, de mi experiencia de encuentro con Dios, de mi camino de descubrimiento del Dios verdadero y de mi progresiva comunión con Él. Me anima a contar mi experiencia no el creer que es más original y cualificada que la vuestra sino la convicción de que compartir la fe nos hace crecer a todos. Quiera Dios que mi experiencia pueda ayudar y animar la vuestra. Creo sinceramente que el testimonio de fe de otros me ha ayudado y ayuda en el camino. Creo fundamental para que nuestra fe crezca ha de crecer nuestra conciencia de comunidad y también porque creo que nada de lo que nos da Dios es para nosotros mismos. Y por tanto, nada nos pertenece. Así pues, me gustaría acertar a transmitir cómo he ido descubriendo la presencia de Dios en mi vida, cómo he ido descifrando la propuesta que me hacía y hace; y cómo me va modelando para acercarme cada vez más a él. Y espero de él que me ayude hoy a hablar de Quién es Él y cómo se viene a nuestro encuentro, buscando estrechar lazos de amistad.

Sin amor todo es nada. Una religión enferma.

Quiero empezar con una reflexión que ocupa muchas veces mi pensamiento. Percibo una insatisfacción en muchos ambientes cristianos por no saber cómo presentar a Dios de modo que sea aceptado y acogido hoy. Algunos explican este desencuentro desde una reflexión que parte del estudio de las distintas imágenes de Dios y concluye que no es fácil, o no acertamos a mostrar el rostro de Dios que pudiera acogerse hoy. Ciertamente, la imagen que hemos transmitido y en muchos ambientes transmitimos, no lo presenta atrayente. Hay formas de hablar de él y de la relación con Él que no son una buena carta de presentación. Esto debería preocuparnos seriamente. Ya el Concilio Vaticano II, en la “Gaudium Spes” nos dice que **“el ateísmo, considerado en su total integridad, no es un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones y, ciertamente, en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión”**.¹ Por tanto, no es baladí el tema de la imagen que tenemos de Dios, ni para hacerlo amable en el mundo ni para nuestra propia vida de fe. Pero, por importante que esto sea, no quiero ahora hablar de las imágenes de Dios sino de nuestra relación con Él, a sabiendas de que, si la relación es de tú a tú,

¹ GS 1,1,19

como debe ser, lo iremos conociendo cada vez más y mejor, pues Él se da a conocer a sus amigos. Pero hay que entrar en el juego de la relación.

Creo sinceramente que hay otra insatisfacción más grave que la anterior, que viene de no ser entendidos o no saber cómo comunicar nuestra fe; ésta otra que ahora digo, nos viene de haber hecho más una religión que una comunidad de amigos de Dios. Si pudiéramos por un momento reducirlo todo a la nada, y cuando digo “todo” pienso en el entramado eclesiástico, doctrinal y organizativo, y centrar todo en la relación de amor a la que somos llamados, entonces seríamos más felices cada uno de nosotros; y nuestras comunidades y familias serían portadoras de esperanza y alegría; Daríamos a conocer con menos esfuerzo al Dios vivo y verdadero, podríamos convertir el cristianismo en la corriente de vida que es.

Estoy cada vez más convencida de que el cristianismo ni es ni está llamado a ser primeramente una religión. Sería mejor poder hablar de los cristianos no como fieles de una religión sino como grupo que vivimos sintiéndonos profundamente amados por Dios y amando todo lo que Dios ama. Porque todo nuestro ser y amar parte de la presencia de Dios entre nosotros. Es decir, haciendo gravitar el cristianismo en un modo de ser que señale antes que nada el corazón.

Quiero traer aquí una cita del profeta Isaías: Dice el Señor: **“este pueblo se acerca a mí tan sólo con palabras y me honra sólo con los labios, pero su corazón sigue lejos de mí. Su religión no es más que de costumbres humanas y lección aprendida”**.²

Me parece que ilumina bien el camino por el que quiere discurrir mi reflexión: no hemos sido llamados para dar culto a un Dios lejano ni cercano. No hemos sido llamados para dar culto, sino para establecer una comunión de amor con Dios, presente en nuestras vidas

Probablemente la mayoría de nosotros todavía hemos nacido “cristianos”, nos han enseñado la doctrina cristiana y hemos asumido el ser cristianos como algo natural, como el apellido familiar, por ejemplo. Pero cada día más esta estructura se debilita. El abandono de las llamadas “costumbres cristianas” por parte los que nacieron cristianos, la llegada de colectivos de otros credos, la aparición y consolidación del estado laico, y con ello la pérdida de autoridad pública de la Iglesia, han ido relegando en la jerarquía de valores de las personas que nos rodean la identidad religiosa, la confesión de la fe, la participación en las celebraciones cristianas. Esto ha creado entre nosotros desánimo, incertidumbre, miedo, incluso sentimiento de fracaso. La respuesta a esta situación fácilmente deriva en al menos dos posibles posturas erróneas: seguir como si nada pudiéramos hacer, ver con tristeza que cada vez somos menos y menos relevantes. Por tanto, vivir nuestra fe y participación eclesial con discreción y hasta intimismo.

² Is 29,13

La segunda postura errónea, a mi parecer, es la de querer restaurar un tipo de religiosidad cristiana que busca y valora la relevancia social, el poder; que se muestra beligerante en algunos asuntos y contemporizadora en formas.

Yo vivo con optimismo nuestro presente, y no soy muy tendente a él. Para mí el momento, hoy, es tiempo de "Gracia y Salvación", es tiempo de Dios. Por eso he querido sugerirlo con el profeta. El vacío que se nos abre nos invita, casi empuja, a volver a una relación de amor, a hacer de nuestra vida de fe un camino de acercamiento a Dios con el corazón, no con las costumbres humanas y lección aprendida. Cada uno tiene que buscar su propio encuentro con Dios, su propia relación de amor con Él. En esta relación se nos va descubriendo Quién es Dios y cómo se nos da, y quiénes somos nosotros y cómo y cuánto le amamos de verdad. Sólo desde esta relación podremos presentarlo. Y nuestro anuncio será creíble.

Si yo, una monja, digo que los desencantos y muchos otros problemas, tan grandes como el hambre, la distribución injusta de la riqueza, el deterioro de la naturaleza, las guerras, etc. tendrían solución si los cristianos fuéramos antes que una religión una familia orante es muy posible que, incluso entre vosotros, crease cierta sorpresa mi ingenuidad y, sin embargo, creo sinceramente que es así y no pecho de ingenua, pero creo que desconocemos la fuerza de transformación que es la oración cristiana. Transformación personal capaz de generar cambios en el entorno. Y si se convirtiera en una pandemia beneficiosa, permitidme la contradicción, cambiaría el mundo.

Y llegados a este punto hay que preguntarse qué es la oración, de qué hablamos cuando hablamos de orar, de hacer oración, de ser orantes, de dónde le viene la fuerza a la oración. A esto puedo responder con gozosa certeza que he ido comprendiendo cada vez con más claridad que la oración es "ser en comunión con Dios". Y digo "ser" porque el "ser" expresa más la realidad de la oración. A veces podemos conjugar ser una cosa y vivir como otra: ser adulto y vivir como un niño o ser un niño y desgraciadamente vivir como un adulto, por ejemplo. Orar afecta al ser antes que al modo de vivir. Orar es comunión: común unión de amor: Es decir, amor mutuo y compartido con Dios, un intercambio de amor entre Dios y yo; entre tú y Dios, que nos va identificando con el amado.

Esta relación de amor mutuo es la sustancia de la vida de fe: Por eso es chocante, aunque desgraciadamente muy habitual, oír: creo en Dios, pero no practico. Creo en Dios y no practico qué. ¿Cómo un cristiano puede llegar a esto? ¿De qué Dios habla y de qué practicas?

Creer en Dios no es creer que existe. Como si decimos creo en esta persona no es decir que existe. Si decimos creo en ti, cualquiera que sea ese tú) estamos diciendo que confiamos en esa persona.

Creer en Dios no es creer en su existencia, en que hay Dios y en algún sitio está. Esto no pasaría de ser un teísmo, que el diccionario define como "creencia en un dios personal y providente, creador y conservador del mundo". Esta no es la fe cristiana. Creer en Dios es entrar en esta relación de amor y entrega mutua, que es la oración.

Jesús nos enseña a orar llamando a Dios padre. Es decir, reconociendo con Él una relación personal de consanguinidad. Al margen de esto hemos podido montar una vida religiosa de culto, de liturgia, de moral concreta, que al final pone por delante los preceptos humanos a la atención amorosa al Dios siempre presente y silenciado. Me viene a la memoria el evangelio de Marta y María y me sugiere que ¡cuántas cosas religiosas hacemos, en honor del Señor creemos, pero sin prestarle atención a él, que no desea otra cosa que nos volvamos a él y le acojamos!. Nuestra Santa Madre, Teresa de Jesús, nos lo repite muchas veces: está desando darse, no os pido más que le miréis. Y sin embargo, nuestra vida cristiana podría definirse con un lema paralelo al “todo para el pueblo pero sin el pueblo” del despotismo ilustrado que vendría a sonar algo así “todo para Dios pero sin Dios”. Y otra vez con palabras de Santa Teresa diría pensemos que hemos echado el esposo fuera de su casa.

Por esto creo que nuestro cristianismo está gravemente enfermo, porque ha dejado de lado el buscar la comunión de amor con Dios, más preocupado en rendirle culto y en tener una fisonomía determinada ante el mundo. Ha elaborado, con perdón y todo el respeto a los teólogos, una teología más preocupada en saber decir de Dios que en amarlo y mostrar lo amable que es. Y porque creo que la oración es vivir en comunión con Dios, digo con convencimiento que todo cambiaría si la oración fuera la vida de la Iglesia, el modo de vivir cada uno de los millones de cristianos que somos repartidos por el mundo entero.

Leyendo el libro póstumo de Txema Mardones, al que tuve el gusto de conocer hace muchos años y al que los que le conocían bien lo definían antes como místico que como pensador, encontré que él también decía: “Al final, la vida cristiana se reduce a creer y aceptar este amor. Cuando esto ocurre, nuestra vida cambia, se transforma e ilumina e irradia amor igual que la fuente originaria”.³ “La vida cristiana consiste en crecer en el amor, en la compasión”⁴ Y es que Txema era un orante y precisamente nos enseñaba a poner la oración como centro y motor de la vida. Y hay que decir que como todo hombre en comunión con Dios era sencillo y feliz.

¿Qué cosa es la oración?

Relación de personas libres

He empezado diciendo que la oración es relación y relación de amor. Y de amor mutuo. Es decir, relación de personas, Dios y yo; y de personas libres, porque sin libertad no hay amor. Somos libres de amar a Dios y de acoger su amor. Y Dios respeta al máximo esa libertad. Pero Él nos ama, y con pasión, independientemente de nuestra respuesta, porque Él es libre y ama por propia decisión sin dejarse condicionar por nuestra respuesta, por nada ni nadie.

³ Mardones, p 28

⁴ ibid , p 35

Una relación descompensada

Evidentemente se trata de una relación inicialmente descompensada. De una parte Dios con inmensas ganas de darse y de acogernos; de la otra nosotros, tacaños para dar y desconfiados para acoger. Pero heridos de una herida de amor que clama por encontrar alivio, cura y que, aunque sea envuelto en dudas y oscuridades, intuye que su salvación está en entrar en ese juego de amor al que Dios la llama.

La perla preciosa del cristiano es descubrir que Dios lo está llamando al amor. Sin este “caer en la cuenta”⁵, que dice S. Juan de la Cruz no saldremos nunca al encuentro. Y así, aunque Él de muchas maneras y con muchas artes nos cerca y nos quiere despertar a amar, nosotros, dormidos, aletargados en nuestros vanos querer y intereses no salimos de nuestra baja manera de amar.

No queda por Dios, que, como buen amador, ni se da nunca por vencido, ni se conforma con cualquier cosa. Porque Él, que es el amor mismo, con tanto y tan puro amor nos ama que, aunque con gran respeto se acerque, siempre está a nuestro lado esperando que nos decidamos a acogerlo y que, soltando amarras, nos embarquemos en esta aventura que es tenerlo por amigo. Él lo pone todo y cualquier pequeño gesto de amor, de acogida, lo tiene en mucho y lo paga bien, dice nuestra Madre Teresa, como quien Él es.

Dios nos ama primero, más y mejor

Para mí es aquí donde comienza el mayor acto de fe. Si creyéramos de verdad que Dios nos ama a cada uno con locura, de modo personal y que nos espera en cada momento con más ternura que una madre, que un amante, que un amigo, nuestra vida tendría un dinamismo escalofriante. Pero a menudo tendemos a creer que somos nosotros los que buscamos a Dios, los que queremos estar con Él y darle. Y así le buscamos donde no está y como no es, y por eso no lo encontramos. Y por lo mismo le damos lo que Él no quiere. El Señor quiere el corazón, no sacrificios ni ofrendas, ni largos rezos y liturgias. Él, que nos quiere, y nos quiere bien, con sólo querernos nos hace bien y, si nos abrimos a su amor, sin ponerle trabas, se da sin medida ni tasa, como es propio de Dios, y desbordándose nos va haciendo iguales a Él. San Juan de la Cruz lo dice con una expresión que causa escalofrío: somos dioses por participación.

No puede ser de otro modo. Cualquiera de nosotros cuando queremos a alguien le queremos hacer partícipe de lo nuestro. Todo lo mejor lo guardamos para quien queremos y, si lo queremos bien, no nos reservamos nada y gozamos con que disfrute de lo nuestro como suyo. Pues no somos mejores que Dios ni queremos a nadie más que Él nos quiere, tenemos que creer que así quiere Dios que de lo suyo participemos. Y claro nos parece que nos regaló

⁵ C 1,1

la tierra, y la vida, y que son nuestras. Y lo más, que es Él mismo, no nos lo acabamos de apropiarnos, ni siquiera creer que es para nosotros.

Un camino de crecimiento

Como hemos visto es una relación que comienza con una gran descompensación en el deseo, en la naturaleza y en la capacidad de los dos protagonistas, pero que, como es propio de toda relación de amor que se precie, tiende a la igualdad. Y por ello en nosotros se convierte necesariamente en un camino de crecimiento, de plenitud personal. Para poder tener a Dios por amigo y tratar como nos dice el libro del Éxodo de Moisés: «Dios hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo»⁶, hemos de dejar nuestros bajos modos e ir adquiriendo la forma de amar de Dios.

Esta relación o camino de transformación en mi familia religiosa, el Carmelo teresiano, la expresamos en términos de amistad, según nos lo transmite Santa Teresa y de comunión (unión de amor) según san Juan de la Cruz. Cada uno ha de encontrar su término. El caso es tener claro que es camino, proceso. Como toda actividad entre personas es dinámica, sujeta a cambios y dependiente de los sujetos que la protagonizan. Por ello podemos decir que no hay dos caminos de oración iguales. Cada orante es único en su modo de ser y en su modo de ir haciendo el camino con Dios. Y Dios se adapta a cada uno y nos lleva según nuestro modo. Y así la historia de amistad, de oración de cada uno es única e irrepetible. Y si la hacemos conscientes de lo que va suponiendo tener a Dios por amigo resulta apasionante, aunque no falten momentos y tiempos, incluso largos, de oscuridad y sequedad en los que o no reconocemos la presencia de Dios y nos sentimos abandonados, en los que nuestra respuesta la experimentamos mediocre, tacaña y no nos aguantamos a nosotros mismos y quisiéramos desertar, o parece la relación haber llegado a un estancamiento. Ya no experimentamos gozo, ni progreso, como si hubiéramos perdido el camino y la rutina se comiera nuestra vida.

Cualquier relación de amistad, de amor, que sea tal, es de por sí un camino de crecimiento. Salir de uno mismo para darse a otro y recibir a quien se nos da es superar los límites del propio yo y hacer sitio a otro, a un tú. Por tanto es enriquecerse, pero cuánto más cuando ese tú al que nos abrimos para compartir es ni más ni menos que Dios mismo, del que sólo podemos recibir bien.

Aprender el camino de la oración

No cabe duda de que todos los que estamos aquí, hemos sido de un modo u otro llamados a entrar en esta relación y cada uno a nuestra manera hemos respondido. Por eso estáis aquí vosotros y por esto he venido yo. Pero siempre uno está deseoso de mejorar, de avanzar en este camino. Quiero deciros algo

⁶ Ex 33,11

de la escuela de oración de Teresa y Juan de la Cruz, aunque espero haber dicho algo ya.

Pues como habréis podido comprobar, cuando hablamos de oración no nos referimos al acto de oración, al ratito o gran rato que destinamos de dedicación exclusiva a estar, parada toda actividad, a solas con el Señor. Escuelas hay de técnicas y maneras. No es nuestro estilo. Cada uno busque el que más le acomode para pensar, meditar o simplemente regalarle un tiempo al Señor y darle oportunidad de que se esté con él o ella.

Gran cosa es sacar estos tiempos, por poco que sean cada día, pero cuando Teresa de Jesús y Juan de la Cruz quieren enseñarnos el camino de la oración en boca de Teresa, o de la unión, en boca de Juan, no se refieren tanto a estos actos puntuales sino más bien y antes que nada nos están hablando del modo de ser, como he dicho ya, y nos remiten a la vida; De modo especial a la relación interpersonal primordialmente, porque en esa relación nos hacemos personas y educamos el sujeto y lo preparamos para la amistad con Dios. Podríamos resumirlo en: si quieres ser amigo de Dios, hazte amigo de los hombres. Porque sólo tenemos un corazón y un ser, nuestro corazón se educa en el trato con los demás, con nuestros hermanos.

El amor a Dios y a los hermanos van necesariamente juntos. No hay ni puede haber dicotomía: los hermanos son la pasión de Dios. Así pues nuestra pasión por ellos es nuestra pasión por Dios y nuestra pasión por Dios es nuestra pasión por ellos. Por eso la escuela de oración es la comunidad, la humanidad, nuestro trato con los semejantes, que son lo que Dios nos ha puesto para que le amemos. Ahí se educa nuestro corazón, ahí se purifica y fortalece nuestro amor por Él. Ahí descubrimos cuánto y cómo ama Dios.

La oración es lo más lejano a la evasión, al sentimentalismo o al narcisismo autocomplaciente. La oración no es tampoco un reducto de paz en la vida, algo puntual, marginal. Es el centro de la vida, porque nos forja como personas. Es una forma de ser: Somos con Dios, vivimos con Él y para Él. Hemos hecho nuestros sus trabajos, su creación, sus intereses. Y contando siempre con nuestras deficiencias vamos procurando estar cada vez a su servicio.

La oración, es por tanto, la vida entera. La vida en relación con Dios. Por eso cuando a Santa Teresa sus primeras monjas le piden que les hable de oración, que les enseñe a ser orantes, ella empieza por la vida: aprender a amar para aprender a orar. Por eso les traza este camino: amor de unas con otras, desasimiento o libertad y humildad que es andar en verdad. A estas tres une Santa Teresa la determinada determinación, o lo que es lo mismo, constancia. No abandonar el camino, a pesar de que los resultados no sean los esperados y fiarse de Dios que es quien lleva las riendas.

Os explico brevemente esto que para nosotros es el abecedario carmelitano: **Amor de unas con otras:** amor al prójimo. El amor fraterno es el cimiento del amor de Dios. Aprendamos a relacionarnos con los hermanos para aprender a relacionarnos con Dios. Nuestra vida fraterna es la escuela y posibilidad de contrastar nuestro amor a Dios.

El amor no es una vibración placentera afectiva, amor es entrega y acogida desinteresada. “el bien de sus prójimos buscan, no más”, por lo mismo que no buscan su gusto en la oración sino contentar solo a Dios.

Cuando nos dice “aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de ayudar” no está hablando de “feeling” sino de no conducirnos por favoritismos, amiguismos o categorías. Todas son tus hermanas y has de tener un trato igual con todas. Con cada una atendiendo a su capacidad, momento y natural. No según tu vibración sino según su necesidad. No las has elegido tú y no se trata de que todas te caigan bien. Pero sí de que acojas y te entregues a cada una según ella te necesite.

Desasimiento de todo lo criado: conscientes de que el que vertebra todos nuestros amores es el Amor, no tengamos asimiento en nada ni nadie. Liberarnos de egoísmos y dependencias, de toda esclavitud y darnos del todo. La primera liberación y la última es de nosotros mismos: de nuestra sensualidad, de nuestras posesiones, de nuestros intereses, de nuestras expectativas... este es el camino de crecer en libertad

Humildad o andar en verdad: la humildad no es apocamiento ni una mirada negativa hacia uno mismo. La humildad es reconocer quién soy, mis dones y debilidades. La humildad da fortaleza. Nos abre a nuestra propia verdad y no nos engríe por lo que tenemos ni encoge por lo que nos falta. Asume gozosa los dones y los pone al servicio de los demás. Nos abre a acoger con gozo también los dones de los hermanos y a gozar de ellos. También asumir sus faltas con caridad. La humildad nos hace grandes y nos proporciona la paz.

Determinada determinación: ya hemos dicho antes que el intento de andar en amistad con Dios requiere un esfuerzo, pues es un camino de reconstrucción, de purificación y crecimiento. Este esfuerzo es sobre todo el de la perseverancia, la paciencia. Porque este camino encuentra resistencias en nosotros, desánimos. Santa Teresa nos insiste mucho en que no abandonemos por nada este gran bien, que Dios no tiene en poco nada de lo que le damos, por poco que sea. Y que si no desfallecemos nos sacará a buen puerto. Quien recorre el camino de la oración con gratitud no abandona por muchas que sean las dificultades.

Como conclusión de estas consignas podéis deducir que el orante es persona caracterizada por su amor, libertad, verdad y fidelidad o constancia. Y que todo este camino es un camino de interiorización., un viaje hacia lo mejor de uno mismo que es lo que compartimos con Dios.

Jesús, modelo de hombre libre y siervo del amor.

Laín Entralgo en su libro “Sobre la Amistad” dice que la amistad sólo se da cuando convergen y se integran la benevolencia o querer el bien del amigo, la beneficencia o hacerle el bien y la confianza o comunicarle lo que en la propia persona es más íntimo, más propio Y que esta comunicación amorosa, que es la amistad, consiste en dejar al otro que sea lo que es y quiera ser,

ayudándole delicadamente a que sea lo que debe ser.⁷ Nadie nos puede querer mejor, ni hacer el bien ni comunicarnos tanto de sí mismo como Dios. Pero, ¿cómo podremos nosotros entroncar con este inigualable amigo?

Pues, en esta relación es Dios quien pone todo: nos quiere bien, nos hace el bien, nos comunica lo más propio suyo, nos deja libremente elegir lo que somos, pero nos ayuda de modo inigualable a ser lo que estamos llamados a ser. Y todo esto nos lo da por un medio extraordinario: dándonos a su propio Hijo.

En Jesús Dios nos ha dado la prueba más grande de su amor, nos ha mostrado la auténtica vocación del hombre y nos ha proporcionado el camino para corresponder a su amor.

Jesús es la posibilidad de conocer al Padre y de conocer nuestra propia vocación, lo que estamos llamados a ser. Jesús revela a Dios y al hombre, por ser Dios y hombre. Él es expresión de hasta dónde Dios se ha comprometido con nosotros y hasta dónde nosotros podemos comprometernos con Él. Todo lo que vemos en Jesús de amor a los sencillos, de misericordia, perdón, compasión, ternura... nos da a conocer a Dios: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" nos dice Él mismo (Jn 14,9). Así es Dios.

Jesús es uno con su Padre. Dios viene a nosotros en Jesús. Pero Jesús es también camino para ir al Padre, para vivir en comunión con el Padre. "Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6) La comunión con Jesús es comunión con Dios. La comunión con Jesús no es ni puede ser otra que la entrega a los hermanos, tal como nos lo muestra Jesús. Y ésta es la voluntad del Padre.

Que Dios se haya hecho hombre en Jesús nos permite reconocer en Él nuestra propia humanidad. Nos abre al reconocimiento de la dignidad humana, capaz de dar cuerpo, vida, a Dios. Ahora podemos mirar a Dios y verle como uno de nosotros, compartiendo nuestras debilidades (el cansancio, la tristeza, el llanto, el hambre, la angustia, el miedo), padeciendo nuestros dolores (la pérdida de los seres queridos, el abandono de los amigos, la traición, la injuria, la incompreensión, la injusticia). Pero también nos permite ver en Él como, unidos a Dios, confiando en Él más que en nosotros mismos, podemos sobrepasar los límites de nuestra naturaleza. Por el camino que fue Él hemos de ir los que queremos seguirle.

Dios en Jesucristo se ha hecho accesible de un modo admirable. Se nos ha dado según nuestra necesidad y nos ha mostrado el camino: entregarnos a los demás, haciéndonos a ellos, anteponiéndolos a ellos sobre todo interés propio. El campo de trabajo que Dios nos ha puesto delante son los hermanos. Si le queremos responder no hallaremos mejor respuesta que la que Él nos mostró.

⁷ Laín Entralgo, Sobre la Amistad, pag 20 -23

Breve apunte sobre el acto de oración

Decir que la oración es relación que se hace con la vida no sólo no niega el acto de oración sino que lo justifica y lo reclama. La oración, como toda relación de amistad, necesita sus tiempos de intimidad, “a solas con el amigo”. Tiempo en el que, suspendida toda otra actividad, las personas se buscan para escucharse mutuamente más allá de las palabras, para tomar conciencia de la mutua presencia y de la relación que nos une.

Este encuentro es tiempo regalado al amigo. Es en sí mismo expresión de amor, de gratuidad. Es oportunidad para ahondar en el mutuo conocimiento, para sintonizar con los intereses del otro, para descubrir sus vibraciones y las propias.

Nuevamente Jesucristo se nos ofrece como ayuda excepcional para entrar en comunión con Dios. Nuestra Santa Teresa nos dice “es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano (V 22,10) “Traerle” significa hacer un acto consciente de reconocimiento de su presencia. El traerlo a la consciencia con la forma que tuvo mientras vivió con nosotros nos ayuda a experimentarlo más cercano, a entrar de modo más fácil en contacto con Él y a entablar una relación de amistad, porque lo reconocemos semejante a nosotros. “Es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos” (V 22, 10) Por eso una recomendación para estos ratos es meditar, contemplar su vida de continuo. Para ir conociéndolo cada vez más y amándolo, entrañándolo en nosotros. Porque de aquí nos nacerán alas. “poned los ojos en el crucificado y se os hará todo poco” (M VII, 4,8)

Dale este tiempo, que es suyo. Pásalo con Él y no te detengas en si gozas, experimentas o encuentras aridez... es tiempo de acompañarlo y contentarlo a Él.